LA BATALLA

Semanario de Ideas y Crítica

(PORTE PAGADO)

Año IV = Núm: 95

Conocer y propagar una idea no es suficiente, se requiere aún más: ser consecuente con la idea misma.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: GUADALUPE 1669 | MARZO 14 DE 1919 | APARECE LOS VIERNES | ADMINISTRADORA: MARÍA COLLAZO

EL MENSAJE PRESIDENCIAL

Hueco de pensamientos profundos; lleno de contradicciones; ausencia absoluta de conocimientos sobre las causas y efectos de los problemas sociales; a la altura de cualquier otro Presidente: tal se nos presentó, en su mensaje, el nuevo Presidente de la República del Uruguay.

Esperábamos—frente a los grandes acontecimientos que se están desarrollando en la revolucionaria Europa—que el nuevo mandatario, si bien no nos resolviera el gran problema, por lo menos nos diera una demostración de capacidad para encarar los magnos problemas que en el Uruguay, como en todo el mundo, deben ser encarados en forma equitativa, para todos los que colaboran a la vida y engrandecimiento de un país.

Plancha, y bien grande nos hemos llevado.

El Dr. Brum estuvo a la altura de cualquier comisario de campaña, al hablarnos de los grandes problemas sociales. Demostró un gran desconocimiento o una mala fe—patrimonio de todos los políticos—al argumentar como cualquier colegial, que los últimos movimientos obreros de América fueron obra de elementos exóticos y que el profundo malestar social puede resolverse con aumentar y mejorar la policía; pedir a los capitalistas que arrojen un mendrugo más a sus obreros, y producir así una armonía entre Capital y Trabajo, para, con eso, detener la avalancha revolucionaria que, iniciada en la gran Rusia atravesando toda la Europa central, contaminados ya todos los países aliados, se vislumbra brillante y cercana en el nuevo Continente.

El anarquismo, exótico y criminal

Para el flamante mandatario, los movimientos huelguísticos producidos últimamente en América, no son, según su afirmación: «reacciones de la masa obrera en sus ansias respetables y legítimas de mejoramiento colectivo, sino manifestaciones anárquicas, incitadas a impulsos morbosos de destrucción y de crimen.»

Este pensamiento del mandatario se da de patadas con otro anterior de su discurso, cuando afirma: «Que la conmoción producida por la gran guerra, que llegó a las entrañas del mundo, ha dejado un sedimiento de malestar y subversión.»

Y continúa contradiciéndose y desmintiéndose a sí mismo, de que «no es, el anarquismo, exótico y criminal» el causante de las huelgas y conmociones poplares, cuando afirma, a renglón seguido: «Qué a mi juicio, sólo implantando el mejoramiento a la situación de los peones, el aumento de los salarios hasta la suma equitativa que les permita sostener a sus familias, es como podría impedirse que le llegue a nuestra campaña el turno de las grandes agitaciones proletarias.»

Como se ve, pues, según las propias manifestaciones del «pichón de sociólogo», es el gran malestar económico, la insuficiencia de los medios necesarios para la vida, lo que induce a la masa proletaria a hacer huelgas, revueltas y revoluciones. Y, unido a ese gran malestar—hoy ya inaguantable—el desarrollo de la conciencia proletaria, que cada día es más amplia, que va adquiriendo mayores nociones de sus derechos, es lo que impulsa, determina y orienta al pueblo laborioso a formar una nueva sociedad, en la cual todos tengan los mismos deberes y derechos.

Y a ese despertar obrero, a esa conciencia que el pueblo va adquiriendo, los mandatarios, los periodistas mercenarios y los burgueses en general la llaman: «anarquismo exótico y criminal.» ¿Pero, quiénes somos los anarquistas sino hijos del pueblo, del del trabajo, componente de la maza trabajadora que vamos despertando del letárgico sueño que nos mantenía en la ignorancia, y que nos hemos dado cuenta de que las causas de que las causas de nuestra miseria y esclavitud es la propiedad privada, el gobierno en todas sus formas y en manos de cualquier fracción política, sea ésta blanca, colorada, socialista, etc., etc?

¿Quiénes somos los anarquistas, sino obreros que hemos desertado de las filas de todos los partidos políticos, porque nos hemos convencido de que todos esos partidos defienden los intereses de los ricos, en contra de los intereses populares?

Los anarquistas, pues, somos hijos de la miseria y de la esclavitud; hijos del actual engranaje económico-social, lleno de desigualdades, de inmoralidades, de crímenes infinitos, y que desapareceremos cuando hayan desaparecido las causas suscintamente enumeradas.

Los anarquistas, en difinitiva, somos hijos del pueblo decepcionados de las mentiras legales y de toda lucha política que castra las energías, adormece el espíritu de iniciativa y nos hace estar esperanzados — para nuestra emancipación — en el esfuerzo ageno.

Surgidos, entonces, del seno del pueblo, componentes del pueblo mismo, ¿qué de extraño tiene que nos dirijamos a nuestros hermanos y compañeros de infortunio—sean estos blancos, católicos, colorados o socialistas—y les gritemos al oído frases de igualdad y de justicia?

¿Qué de extraño es que breguemes junto al pueblo para que de una vez nos apropiemos de todo lo que es nuestro, de todo lo que hemos contribuído a producir y que en justicia nos pertenece?

¿Qué de extraño es que propaguemos en el seno de la gran familia obrera, la imperiosa y pronta necesidad de la Revolución Social, el empleo de la fuerza en contra de un régimen criminal como es este en que vivimos, el cual se mantiene únicamente por la fuerza, y empleando esa misma fuerza para acallar los dolores del hambre y de la esclavitud popular?

Los anarquistas, en conclusión, proclamamos la revolución con el mismo derecho—por lo menos—con que los colorados la proclamaron el año 65 para subir al poder—en el cual hoy están encaramados—y con el mismo derecho con que el partido blanco tantas revoluciones ha hecho para desalojar a los colorados.

¡Armonía entre Capital y Trabajo!

El nuevo mandatario, continuando haciendo gala de su desconocimiento de las causas que impulsan al pueblo laborioso a ponerse frente al capital absorvente, pretende, dice, conciliar, armonizar los intereses hoy en pugna, para que desaparezcan las anormalidades existentes.

Tarea imposible. Ilusión vana.

¿Cómo pretender, cómo conseguir conciliar los intereses de los que todo lo producen y de nada disfrutan, con los intereses de los que todo acaparan y lo gozan sin nada producir?

¿Cómo armonizar intereses antagónicos, sin abolir las causas fundamentales de ese antagonismo?

¿No sabe, el nuevo mandatario, que toda mejora que pretende conseguir la clase trabajadora es restarles a los capitalistas medios que ellos malgastan en orgías y lujos?

¿No se da cuenta, el nuevo Mesías, que el engranaje económico-burgués está tan bién organizado, que todo lo que los capitalistas dan al obrero en concepto de aumento de jornal lo vuelven a recuperar con una mayor valorización de los artículos que expenden?

Y después, es desconocer el nuevo concepto que de la vida tiene el obrero moderno, para creer que, con una simple migaja lanzada debajo de la mesa, éste pueda conformarse.

Es tener un concepto muy superficial del carácter de las nuevas luchas sociales, las cuales exigen una completa igualdad de derechos y deberes a todos los que forman una sociedad.

Hoy, la clase trabajadora quiere ocupar el verdadero lugar que le corresponde como factor único y principal de la gran riqueza social. Y ese lugar, esa igualdad de derechos y deberes, no se consigue sino aboliendo la propiedad privada: sino se concluye con las clases pobre y rica, para fundirlas en una sola clase: productores y consumidores.

Mientras eso no se consiga, no sólo la armonía no se producirá, sino que, por el contrario, la lucha será más y más intensa, los trastornos económicos aumentarán de grado, hasta llegar a la desaparición de uno de los bandos en lucha.

¡Curiosa contradición la del flamante presidente! Mientras él, en su mensaje—o cosa parecida—promete seguir una absoluta política de partido, por creer que son inconciliables los intereses de los partidos blanco y colorado, en cambio, frente a las dos clases — obreros y capitalistas — completamente en pugna una con otra, pretende hacer con éllas aromático ramillete de flores.

Pretende ver abismos insalvables entre los dos partidos tradicionales—partidos que mutuamente no persiguen otro fin que escalar el poder para desde ahí, cómodamente, explotar y esclavizar al pueblo laborioso — y en cambio, ve sumamente factible el abrazo «fraterno» entre el burgués rechoncho y de levita y el obrero famélico y de blusa.

¡Con que hermosas gafas verdes se nos vino el nuevo mandatario!...

—

Los acontecimientos mundiales, transcedentales e inmediatos, demostrarán al nuevo mandatario y a sus cofrades de la política y de la burguesía, que inútiles son las canallescas columnias lanzadas contra los anarquistas; ilusorias e ineficaces, las mejoras económicas y sociales que pretende dar al pueblo, como inútil y contraproducente será todo aumento y perfeccionamiento del elemento policial para contrarrestar la justa y noble avalancha emancipadora que está cruzando el planeta.

El malestar social — producto del organismo burgués— no será posible extirparlo persiguiendo, encarcelando y ametrallando a esos hijos del pueblo que se han desengañado de las mentidas promesas políticas, sino extirpando, de raíz, las causas fundamentales que son su origen: propiedad privada y gobierno.

De "Bandera Roja"

El grupo editor de «Bandera Roja» hace saber a todos los camaradas, gremios y tendencias avanzadas, que los trabajos preparatorios para su aparición prosiguen sin desmayos y con toda la rapidez que permiten los medios a su alcance.

Dentro de breves días quedarán difinitivamente terminados los trabajos instalación de las maquinarias adquiridas y este grupo editor estará en condiciones de fijar la fecha difinitiva de su aparición, que probablemente aparecerá el 15 de marzo Los talleres están ubicados en el local de la calle Rocha 901, esquina Garibaldi.

Quedan enterados todos los que por «Bandera Roja» se interesan.

Por el grupo editor

RAFAEL TORRENT
Administrador

Las cosas no se hacen solas

—

Todo cuanto sea darnos ventaja para evitar molestias y asegurarnos en la holganza lo aceptamos sin reparo ni controversia. Por eso, ahora estamos contestes en afirmar que la Revolución de por sí sola y en forma absoluta estará hecha en América en cuanto se extienda por Europa.

Maravilloso concepto para escusar indolencias es ese. Siempre encontramos algo para desistir del esfuerzo propio. Y no decimos que la Revolución pueda determinarse y hacerse a capricho y con fijeza de fecha; pero si entendemos lógico que se esté preparando para hacer lo debido cuando las circunstancias se presenten favorables.

Hoy vemos que las cóleras están latentes, próximas a la exploción. Y los esfuerzos proletarios, bien pueden detenerse y se detendrían en cualquier límite si no hay audaces que los vislumbren las finalidades amplias y justicieras que es lógico alcanzar. Seguros podemos estar de que la Revolución va a producirse, pero seguros podemos estar también de que la Revolución no llegará sino hasta donde nosotros tengamos fuerzas y seamos capaces de llevarla. Y si se produjera un estancamiento en cualquier nueva fórmula.—estancamiento difícil, pero no imposible—, entonces no podemos aventurarnos a vaticinar si será fácil o probable salir pronto de un nuevo régimen, o si con él habríamos de debilitarnos por un período incalculable.

Esto de cruzarnos de brazos, haciendo de espectadores de lo que en otro continente sucede y haciendo de comentaristas críticos de lo que allá hace, nos parece que no irá a conducirnos a cosa práctica. Y no sigamos pensando que con hablar en corrillos de la Revolución, diciendo que esta es inmediata y que haciendose en Europa aqui está hecha, vamos a realizarlo todo. De lo único que podemos tener la convicción es que mientras no seamos capaces de hacerla o de encausarla, la Revolución no alcanzará a ser «nuestra revolución».

Y hacemos mal en reprochar la ingenuidad de los que todo lo esperan de dios o de la política, si resulta que vamos a esperarlo nosotros de un fatalismo, o de la casualidad circunstancial.

Pensar así será pensar muy cómodamente, justificando la inercia y la holganza. Que todo es ventajoso; que por fuerza invencible de los acontecimientos todo ayuda a que la lucha por sí sola se encamine en el sentido deseable, eso es muy cierto; por ¡Cuánto mejor se desarrollarán los acontecimientos con la actuación inteligente y entusiasta de los anarquistas, y cuanto por sí se carece de éllas?

FERNANDO ROVAINA.

Pro-presos

La campaña de solidaridad hacia los compañeros y obreros presos y de protesta contra la «mano negra» policial, continua con actividad por parte de intidades obreras y agrupaciones anárquistas.

Amás de los actos realizados por el «Comité pro-persos» y «Federación Obrera R. Urugnaya», la agrupación «La Defensa», tiene organizadas otros mitins que se realizarán el Sábado 15 a las 20 y 30 en Galicia 1260, y el Domingo 16 en 18 de Julio y Yaro a las 10 a. m.

La que debía realizarse el Domingo por la noche y organizada por la misma agrupación—no se efectuará por estar ocupado el «Centro Internacional»

Respecto a este inconveniente, el Comite administrativo del «Centro Internacional» avisa a los compañeros y entidades qué, cuando nesesiten el hacer uso del local, avisen con anticipación para que no haya necesidad de suspender actos ya anunciados.

Si los obreros en masa pudiesen practicar la virtud del ahorro, que tan predicada les ha sido por la Economía política, sólo conseguirían el resultado de hacer que desminuyera la remuneración, ya insuficientemente, de su trabajo, con aumento de la ganancia del capital.

Nota de Redacción

Son tantas las colaboraciones que tenemos en nuestro poder, que nos es del todo imposible sastifacer la publicación con la premura que piden sus autores. Por esta razón, pedimos a los compañeros colaboradores, que no estrañen el atraso con que van apareciendo.

PERMANENTE

LA REVOLUCION

Si el partido colorado (el año 65) conquistó el poder por medio de las armas, derribando, en aquella fecha, al partido blanco y si desde entonces, también el partido blanco, ha promovido infinidad de revoluciones para volver a desalojar al partido colorado y arrebatarle el tan codiciado poder, ¿por qué ahora, estos dos partidos (dirigidos y representados por burgueses y políticos profesionales), echan bilis, a más no poder, en contra de esa gran fracción de pueblo, que antes militaba en esos mismos partidos, y en contra, también de los anarquistas, porque ahora, fatalmente, siguiendo el ejemplo de los pueblos de Europa, tendremos (tarde o temprano) que hacer la gran revolución social que nos pondrá en posesión, a todo el pueblo, de lo que nosotros mismos hemos producido?

¿Porqué, la burguesía, que el año 1789 hizo la gran revolución para desalojar de sus posiciones a la nobleza, se alarma y desprestigia ahora la gran revolución que hará el pueblo, la cual no tendrá por resultado final el aplastamiento de ninguna clase social para beneficiar a otra, sino la implantación de un régimen de vida en que todos tengan igualdad de derechos y deberes?

Que contesten, burgueses y políticos de todos colores, qué razones tienen para ello.

A los compañeros

ORIENTACIÓN QUE SE IMPONE

Vivimos un período en que la actuación inteligente y activa de las fuerzas anarquistas deberá conducirnos a plasmar las finalidades sumas de la humana emancipación. La disgregación y la desorientación impera, sin embargo, en las filas revolucionarias. Y si bien es cierto que los acontecimientos afectan a todo lo sensible del actual orden social y que de por sí solos nos conducen a la sanción de valiosas conquistas, no es prudente ni lógico que esperemos confi dos en un fatalismo a cumplirse por obra y gracia de la situación creada. Muchas veces las circunstancias fuéronnos propicias y muchas veces las oportunidades nos fueron inmejorables; y tantas veces como tal sucedió nos encontramos siempre atrasados e imposibilitados para el empleo de la acción debida. No hay duda que jamás ni las circunstancias ni la oportunidad nos fueron tan propicias; pero no por ello vamos a sostener el peregrino criterio de que las cosas van a resolverse solas, y solas van a llegar a donde es debido lleguen.

Imprescindible es la preparación y la acción de los anarquistas, si es que se desea, como no puede dudarse, el triunfo de las ideas. Imprescindible es un completo cambio de táctica, sustituyendo la misma propaganda doctrinaria y expositiva con que hemos venido teorizando, por las disposiciones prácticas e inmediatas de los hechos consumados. Imprescindible es imponer una convicción pública de un propósito inmediato y bien definido. Imprescindible es prorrogar todo tema y problema secundario y de detalle para consagrarse al objetivo primordial, que es la Revolución. Y la Revolución no reclama teorías, ni vocinglerías, ni platonismos, ni efectismos. La Revolución exige firmeza en los propósitos y, por sobre todo, una grande capacidad orientadora, capacidad que hay que crearla, hacerla en total, pues que falta en absoluto.

¿Con qué medios y con qué elementos contamos para la pronta constitución de esa fuerza capacitada para orientar las inminentes insurrecciones que se se precipitan, inflamadas por el ejemplo de los pueblos europeos?

La representación y la autoridad del Anarquismo en la alma popular sufre un aminoramiento lamentable cuando nuestras energías se emplean en un sentido indirecto, como suele serlo el «mejorismo obrerista», y según ese total de energías sigue consagrándose en acciones indirectas, más se agrava una funesta deposición de claridad de conceptos, y menos se establece, en el criterio público, una definida representación, fija y clara, de la fuerza anarquista.

Error, error funesto, fué y será siempre apartarse un ápice de nuestros extremismtos intransigentes. Erróneo y perjudicial, ha sido olvidarse de dar al Anarquismo una vida propia con integración de sus propias fuerzas, con absoluta indepeudencia, sin contactos ni inmiscuencias que lo limiten, siquiera sea aparentemente. Pero si en ese error hemos estado hasta hoy; ¿hemos por eso de seguir en él imperecederamente? Se nos objeta que es tarde, que estamos atrasados para iniciar una obra nuestra, particular y reconstructiva, pues el desmoronamiento del regimen se precipita. Ese argumento, probablemente, se nos hubiera presentado hace veinte años, y piénsese bien, rememórense las enseñanzas del pasado, analízese la situación del presente y se comprenderá lo enormemente dificultoso y las graves desventajas que se nos presentarán en todos los momentos mientras carezcamos de esa capacidad orientadora que nos dé autoridad y fija representación.

¿Es una organización programada un regimen disciplinario, una entidad rotulada, una denominación cualquiera, un algo análogo a constituírnos con un parecido a fracción política, lo que buscamos para llegar al establecimiento de esa imprescindible capacidad orientadora que señalamos?

No, y hoy menos que nunca podría serlo; a lo menos de una manera medianamente completa. Y no porque de ese modo abriríamos un nuevo campo al platonismo de la obra estéril de los «dilettanti», a la teoría, a esa nulidad en que queda todo cuento guardo relación con congresos y demás superficialidades, y no porque quedaríamos reducidos a la apariencia que encubriera un rótulo, sin contar con la solidez de una base, y lo necesario es, sí, una presentación que constituya la confiansa y dé fe de fuerza; pero es necesaria esa fuerza, es preciso la solidez material que corre riesgo de no construirse atendiendo demasiado, como siempre, al efecto y a la apariencia. La teoría no ha venido castrando, alejándonos de la realidad. Hemos llegado al ridículo en alardes de sabiduría, descuidando lo elemental, que es lo inmediato. Y he ahí el gran mal que nos impide organizarnos en un sentido oficial (discúlpese esta denominación de «oficial»), aunque tampoco ignoramos las ventajas que en tal sentido podría aportarnos tal organización, y si desistimos de élla, es porque, al aquilatar el pro y el contra, es esto último el que más pesa; decidiéndonos a hacer de hecho cuanta posible organización nos sea dado hacer, sin que exista la fórmula, es decir, sin la constitución de organismos que mal gasten actividades.

No perseguíamos hoy otra cosa que llamar la atención de los compañeros, para profundizar más el tema en próximos números. La atención ya abarcada nos obliga a sintetizar una conclusión que es la siguiente:

«La autorización representativa que nos facilite grandes ventajas en los inminentes acontecimientos revolucionarios que llegan, sólo irá conquistándose con intensificar una recia propaganda en el seno del pueblo; propaganda desligada de todo contacto extraño cualquiera que fuere, y que sea clara y de una fijeza anarquista indiscutible».

Seguirá LA BATALLA, en próximos números, tratando preferentemente sobre el particular, en la seguridad de que no escapará a ningún compañero la importancia suma del tema.

Federación O. R. Uruguaya

DEL MOMENTO

El hecho—imputable a razones diversas—de que la F. O. R. U. no disponga de periódico, de aparición más o menos frecuente, que lleve a todos los trabajadores organizados u organizables la voz de aliento para la lucha y el comentario sereno y merecido a todo cuanto hacen gobiernos, burguesías y los propios conjuntos de explotados de este y otros continentes del orbe, ofrece, como es visible e indiscutible, inconvenientes capitales. Pendientes, cuando de divulgar profusamente un juicio se trata, de la generosidad, tan reducida como interesada, de los periodistas de oficio de la clase adversa a la nuestra, mal pueden tales juicios ser, como se impone sean, ni extensos, ni francamente expresados, ni emitidos con la frecuencia con que las circunstancias lo exigen. Quédanos, cierto es, un recurso: el del manifiesto o volante. Pero este recurso tiene también sus inconvenientes: resulta oneroso en relación a las fuerzas financieras de la corporación, y resulta de eficiencia limitada, principalmente por las dificultades que existen para hacer, de cada hoja suelta, un reparto realmente profuso. Son, estos, argumentos que al caso vienen, pues preciso era justificar el silencio de la Federación frente a tantos sucesos como se han desarrollado desde la aparición del anterior manifiesto (el titulado «En el país de la farsa», y buena parte de cuyos ejemplares fueron arrebatados de manos de quienes los repartían por los empleados policiales, o hechos desaparecer de las oficinas de Correos, cumpliéndose, también, órdenes terminantes y arbitrárias de la Policía)

— —

Ante todo, nos llegaremos a las barbas de la austera Justicia. Y diremos, a quienes su representación invisten, que son unos vulgares personajes de opereta. Seriamente. No es esto atrevimiento, descortesía ni irrespeto; es la verdad. Pero no una verdad de pacotilla, como esas de que usa y abusa la prensa burguesa—pongamos por caso—cuando nos habla, en tono más o menos altisonante, del porvenir del país, de la grandeza de la patria, del obrerismo de unos, del elevado sentimiento de otros o del humanitarismo de los de más allá. La verdad por nosotros expuesta es eso: verdad, robustecida, por los demás, por la elocuencia de los hechos, que es elocuencia terminante. Están entre rejas, en efecto, cinco obreros (Molinoff, Casales, Vidal, Narvalaz, Llorca) contra los cuales pesan tímidas, vergonzantes, infundadas acusaciones policiales. Y pese a que nada ha podido probar la Justicia contra ellos (lo que es lógico, puesto que ningún delito han cometido), se les tiene, como decimos, encarcelados, lejos del cariño de los suyos, imposibilitados de trabajar y, por consiguiente, de contribuir al sostenimiento de sus respectivos hogares. Puede o podría tolerarse, aunque no aceptarse que por error se tuviese preso a un hombre (a un hombre trabajador, útil, necesario) por espacio de breves días, por una semana. Pero es monstruoso que detenciones infundadas se prolonguen por espacio de meses y meses. Y más monstruoso—decímoslo sinceramente—cuanto que los culpables, más o menos indirectos, no son, en este caso, policías o militares (hombres «hechos» para suministrar martirios, para perpetrar crímenes), sino civiles, letrados, hombres que se han embebido en lecturas de alta moral, de superior justicia.

Añadimos nuestra protesta, pues, a las múltiples expresadas al respecto y exponemos el hecho al criterio y la conciencia de la clase trabajadora.

— —

Se hablado de huelga general, allá en los días finales del mandato del funesto presidente Viera. «Que la Federación se reune hoy. Que lo hace mañana. Que el manifiesto está hecho. Que la cosa es por esto. Que la cosa es por aquello. Que los propagandistas van. Que los agitadores vienen». He ahí la esencia de lo que, ya como rumor, ya como noticia cierta, campeó muchos días, con títulos llamativos, por las columnas preferentes de los diarios oposicionistas, y las no preferentes de los oficialistas. ¿Había algo? Realmente, no. Algo de huelga general, se entiende, que de huelga parcial, sí: la de los gremios portuarios había llegado a ser inminente. ¿De dónde y a qué venían, entonces, tales rumores tales inciertas noticias? Fácil es «dar» con lo uno y lo otro. Como el movimiento, «que sería completamente pacífico», tendría según la prensa opositora, el carácter de simple aunque elocuente protesta por la gestión administrativa del presidente Viera, ¿qué mejor «plato» que ese, a aquellas horas, para los fines de competencia política de esa propia prensa? De ahí que fuera ella, no solo creadora, sino que eficaz propulsora—por la publicidad sonante y preferente que dió al asunto—del rumor aludido. Y fué esa propia publicidad la que, haciendo sus efectos en la prensa situacionista, hízole creer, que por algo lleva cola de paja..., en la existencia de un próximo paro por tal motivo: protesta contra Viera. Y, aunque callando esto último—que no convenía decirlo—, también ella, «contagiada», salió hablando de huelga general.

En suma: una maniobra política.

Y va sin decir, que el ex-mandatario y actual cogobernante Viera, la mejor despedida que pudo tener de los trabajadores hubiera sido esa: una huelga general y una rechifla igualmente general. Eso, por lo menos; suave despedida, en verdad, para mandatarios de instintos tan sanguinarios, tan farsante y tan canalla como Don Feliciano. Pero, ni esa suave despedida fué posible. Perduraban aún en las filas obreras, los efectos del terrorismo policial de Enero, y nadie, por así decirlo, osaba pensar en reuniones, pues reunirse, según frase inolvidable del diario exvierista, era «ponerse al márgen de la ley», y ¡guay! del castigo q' esperaría a quienes, lo hicieran cuando quienes no lo habían hecho—v. g.: los cinco camaradas antes nombrados—pagaban delitos imaginarios, irreales, con meses y meses de prisión!!

Es, la precedente, la dedución más lógica; no faltando, empero, quien atribuya los deseos burgueses de una huelguita general pacífica, no sólo a fines políticos, sino que también a fines comerciales: un pretexto más para encarecimiento mayor de subsistencias, vestimentas y viviendas.

Quedamos, por lo tanto, en que la huelga general no existía más que en la mente inquieta de quienes razón sobrada habían dado para élla, y en la no menos inquieta — no por temor pero sí por ambición—de los que con mayor o menor encarnizamiento, y con mayor o menor disimulo, disputan el poder—con sus halagos y sus gangas—a quienes lo ocupan.

— —

De paso, hemos rozado el tema «carestía de la vida.» Mal, ese, que ya ha adquirido caracteres de endémico. Lo ha adquirido, y afirmamos que no lo perderá sino mediante una acción enérgica y eficiente, ejercida pura y exclusivamente por la clase obrera muy bien e inteligentemente preparada al efecto. Pierdan las esperanzas los pocos que aún puedan abrigarlas de que ni el Poder Ejecutivo — hoy reforzado con el flamante y costoso Consejo Nacional de Administración—, ni el Parlamento, ni la Municipalidad, den algún día «en el clavo», por así decirlo. Tan interesados están éllos como los industriales y comerciantes chicos y grandes en mantener para toda suerte de artículos y bienes inmuebles, el más elevado de los costos. El hecho de que la guerra monstruosa haya virtualmente terminado, no les ha obligado más que a cambiar de disco. Y hoy, cuando se les pida un justificativo de tanta rapiña, dirán filosófica y despreocupadamente: «Consecuencias de la guerra...» Entre tanto, los sueldos de la alta burocracia—sueldos que el pueblo paga, a la fuerza si se quiere, pero paga—están en

holgada consonancia, no diremos ya con la vida tal cual está hoy, sino que en concordancia con las necesidades de una existencia diez veces más costosa que la actual.

(Y conste que la proporción no es exagerada. Acaba de demostrarse que los altos sueldos de este país sobrepasan en mucho a los que, por funciones idénticas, se abonan en países que distan muy mucho de ser la aldea grande que es el Uruguay.) Y a todo esto, ¿qué dice y qué hace la clase víctima? Acumular privación sobre privación, miseria física sobre miseria moral, una enfermedad sobre otra... Realmente que es duro el castigo (plomo y cárcel) que recibe cuando quiere lanzarse o se lanza a luchas que no persiguen más que pequeñas y aún discutibles mejoras económicas. Piensa el obrero, y no sin razón, que si miseria y hambre pasan sus hijos y compañera trabajando él, más miseria y más hambre pasarán aquéllos cuando, por reclamar más pan y consideraciones, se le encarcele. ¡Pero, ante el dilema de sucumbir ya sea sometiéndose como rebelándose contra el explotador común, no es la inacción ni el fatalismo lo aconsejable. Un refrán dice que «La necesidad aguza el ingenio.» Y a eso debemos tender. Primero, haciendo el más absoluto de los vacíos al politiquerismo, que bien vemos lo mucho que quita y lo nada que da.

Luego, congregándonos en potentes sindicatos; y viene al caso decir, o recordar, que la potencia de los sindicatos no es otra que aquella que le comuniquen todos y cada uno de sus respectivos afiliados. De inmediato tendiendo la vista al interior del país, siempre huérfano de las doctrinas sanas de emancipación, y aunar fuerzas con los trabajadores rurales. Hecho esto fundar sindicatos y federaciones locales y comarcales dondequiera se vea la necesidad de hacerlo. Y, orientado el todo en forma prudente y sabia, llegarlase, ya a modificar fundamentalmente, o a radicalmente transformar el régimen actual, sostenido sólo por la razón de la fuerza, y que tambalearía por sí solo, insensiblemente, en cuanto a él opusiéramos otro cuya virtud esencial fuera—como habría de serlo—la de descansar sobre la fuerza de la razón.

EL CONSEJO FEDERAL.

BANDERILLAS

Nos hemos reído en grande

Sí, lo confesamos; nos hemos reído a más no poder. Este año las máscaras han estado oportunas, han hecho un derroche de gracia, han interpretado a las mil maravillas sus papeles favoritos.

De las máscaras sueltas—lo hacemos público con toda sinceridad—nos ha agradado en grado sumo una que representaba la Democracia y que prometía «el oro y el moro» en un largo discurso leído en el tablado oficial.

Con toda seguridad, que aun el mismo Wilson, si estuviera por aquí no hubiera podido competir con la máscara suelta a que nosotros hacemos referencia y que en corrillo se afirmaba que era nuestro Baltasarcito.

No hay duda y que, de seguir así declararemos pronto, fuera de concurso.

Con toda seguridad...

Fracaso electoral

«Hasta los perros están miando las urnas», según se desprende del presente suelto que transcribimos de «La Nación» de Bs. Aires y que reza así: «Los datos que llegan de la provincia de Santiago del Estero respecto a las elecciones allí realizadas en el último domingo, dicen que a lo mucho han emitido sufragios (y contamos como tales los votos en blanco) un tres por ciento del censo electoral».

¿Y cómo puede ser en otra forma, si el descrédito al legalitarismo, a los políticos de todos los matices ha llegado a su límite extremo?

¡Y eso que en la Argentina, el voto es obligatorio!

Lo dicho; a las urnas, hasta los perros las mean...

El bolshevikismo está perdido

Un telegrama que viene de Amsterdam, nos comunica que: «Después de dos años de neutralidad, el clero ha pronunciado ahora su anatema contra los bolshevikis».

De lo transcripto se deduce que, si hasta ahora el bolshevikismo se ha extendido como una «ola rusa», en lo sucesivo, con la actitud asumida por el clero de Omsk, ni el diablo puede impedir el inevitable fracaso del maximalismo.

¡Y nosotros, los obreros del Uruguay, que nos estábamos lamiendo los dedos esperanzados en su llegada, tenemos que resignarnos y rogar a Dios que no haga caso a sus portavoces en la tierra.

Te conocemos... mascarita

«No soy para ustedes un desconocido» empezó diciendo, en su discurso, el nuevo mandatario, al dirijirse a sus compinches que lo habían elegido. Y para reforzar su primitiva afirmación continuó diciendo: «Basta tener presente que he sido activo colaborador de los gobiernos de Batlle y Viera...» Sí, basta, por favor... ¿Y Vd. viene ahora, a remachar el clavo que ellos nos dejaron?

¡Sí, «basta», por favor, bastante lo conocemos!

La situación de España

Juzgada por un diario burgués

Muy seria tiene que ser la situación de España cuando un diario, como «El Times» de Londres, se expresa en la forma que más abajo, y sin comentarios, transcribimos. Dice así:

«España se ha mantenido alejada de la guerra, pero no ha podido eludir los problemas planteados por la guerra europea, que amenazan con embarazarla, y hasta sus menores amigos sienten el temor de que no está preparada para darles solución. Han habido disturbios en Madrid la semana pasada, aunque nosotros no sabemos cuán graves han sido y quizá no lo podremos saber hasta que pase algún tiempo, porque el gobierno español sigue la política de ocultar los sucesos cuando son desagradables. Sin embargo, estos sucesos han llegado a tener tal gravedad, que han obligado al gobierno a decretar la ley Marcial.

En Granada, en Sevilla, en Cádiz y en las minas de Asturias, se han producido demostraciones y revueltas. Nuestro corresponsal especial en Madrid, nos informa que ha habido desórdenes en casi cada parte del país y casi sin interrupción, y que aunque han sido acallados, hay que lamentar la pérdida de muchas vidas. Las autoridades españolas no dejan traslucir ni siquiera a los españoles residentes en el extranjero la verdad sobre los sucesos ocurridos, y ellos sólo podrán enterarse de los incidentes habidos, en la medida que la rigurosa censura establecida por el gobierno español lo permita.

La agitación catalana en el movimiento producido en Cataluña, no obedece a razones puramente políticas. La aspiración histórica de las provincias en lo relativo al gobierno propio, se ha complicado por medio de campañas sindicalistas.

Los sindicalistas catalanes han paralizado los servicios públicos en Barcelona. Su política no es solamente local, sino que se extiende a toda la península. Los sindicalistas españoles han adoptado el mismo sistema que los jacobinos de la revolución francesa. El de centros o clubs afiliados a la huelga, no es la única arma. Se anuncia que durante los últimos doce meses transcurridos, estos elementos han dado muerte a setenta patrones y se agrega que se han llevado a cabo asesinatos salvajes y alevosos, en los cuales hízose gala de audacia indecible.

Ningún acusado ha sido conducido ante los tribunales ordinarios y no existe un testigo para estos hechos.

Los jueces se hallan dominados por el temor y los jurados no se atreven a declarar la culpabilidad de nadie.

El gobierno se halla seriamente alarmado en presencia de este movimiento cada día más intenso. Las antiguas aspiraciones política de autonomía catalana, se han confundido con los ideales del maximalismo.

Es indudable que la mayoría del pueblo español simpatiza con el movimiento revolucionario, político y social. El pueblo español, por tradición y por instinto, es conservador, ordenado y religioso; pero sucede que durante un siglo, su política ha estado en manos de elementos incapaces, lo que ha traído nuevas ideas a las clases populares y les ha dado el sentimiento de su miseria. Ha logrado arrancar de su inercia tradicional a millares de españoles para los cuales, si el maximalismo le era repugnante en cualquier forma, han comprendido los males profundos de su sistema representativo, el cual nunca representará el sentimiento de las opiniones populares.

Ahora exigen la verdad de esta representación. Decenas de millares de hombres se hallan hambrientos. Los salarios continúan reducidos, en tanto que los precios de los artículos de primera necesidad han subido considerablemente.

Ante los ojos mismos de las masas menesterosas, hay una clase de nuevos ricos que han hecho grandes fortunas durante la guerra y disipan su riqueza con ostentación. Los pobres ven ante sí la amenaza de perecer de hambre y piden mayores salarios y pan. Si esa demanda es acogida en momento oportuno, las instituciones del país estarán libres de peligro. De lo contrario, los resultados pueden ser terribles. Su éxito, depende en gran parte de los sucesos políticos.»

Los anarquistas frente a los socialistas parlamentarios

II

Decíamos, en el número pasado, que únicamente era admisible nuestra unión con fracciones que, como fin inmediato y medio de lucha, aceptaran la abolición de la propiedad privada y la acción directa: la revolución social, como medio.

Y es necesario insistir en eso, porque sería peligroso en grado sumo—sobre todo en estos momentos en que la humanidad toda está en vías de ensayar las transformaciones sociales que hasta ahora se han tenido como utópicas—que intentáramos un maridaje con elementos—como todos los partidarios de la lucha electoral—que no hacen más que desviar de la verdadera ruta, que castran energías e inculcan en el pueblo trabajador la creencia, dañina creencia, de que su emancipación no ha de ser ni podrá ser obra suya, propia, sino obra de elementos extraños.

Toda unión, todo contrato entre fracciones visiblemente antagónicas, no hace más que degenerar las ideas, fomentar personalismos, disminuir la acción y la propagación de ideales sanos y bien definidos.

Un ejemplo, y grande, lo tenemos en la vecina orilla, en donde se intentó fusionar las fuerzas obreras en el noveno Congreso de la Federación Obrera Argentina, lo que trajo como resultado la división obrera, separando por un lado, la Federación del V y la degeneración de las fuerzas de la Federación del IX, la cual se ha adaptado hoy en tal forma, que se ha alejado por completo de la ruta revolucionaria, para estar pactando día por día con el Estado en la forma más escandalosa y legalitaria.

A los socialistas y a la burguesía, sí, les conviene la unión en esa forma, por cuanto lo primero que se exige en tales contubernios, «es que no se hable de ideas, no se mencionen idiologías», para evitar ¡posibles discordias! —dicen los que así les conviene.

A los socialistas burgueses, decimos, les convienen tales pactos, porque, como las ideas de ellos no tienen aceptación y están hoy completamente desacreditados, les resulta, ¡cómo no!, que tampoco se hable de las ideas anarquistas, las cuales, hoy, se van imponiendo, materializando, a pasos agigantados en los más grandes países de Europa. En Rusia primero, y en Alemania después, hemos visto la imposibilidad de alianzas entre elementos que perseguían distintos fines.

Fracasó Kerenski en Rusia y Ebert en Alemania, porque querían conciliar intereses antagónicos y pretendían hacer persistir las diferencias de clases—causa primordial de todos los males sociales—y emplear el parlamentarismo para gradualmente ir dando mejoras al pueblo. Inútiles fueron sus esfuerzos. Perjudiciales, retardatarios fueron los medios empleados. Y hubiera fracasado, sin duda alguna, la revolución en ambos países, si ideas más amplias y hombres más previsores no hubieran lanzado al pueblo a la conquista completa, absoluta, sin términos medios de produción, de toda la tierra, de todas las habitaciones y toda la riqueza social, para que fuera disfrutada y administrada por los mismos productores. Y los partidos burgueses, como los socialistas parlamentarios, no cooperaron para la consolidación de la gran revolución social en dichos países, sino que fueron sus peores enemigos.

Los socialistas revolucionarios, aquellos decepcionados de la política y que confiaban únicamente en la revolución, como también en la necesidad de la comunidad de toda la riqueza social, fueron los que cooperaron—junto con los anarquistas—a la consolidación de la gran revolución rusa, eje principal de la gran conmoción que se está produciendo en todo el mundo, y que traerá como consecuencia la implantación en el planeta todo, de la igualdad económica y política.

Y como en Rusia, en Alemania, en Portugal etc., etc., se unieron todos los hombres libres que vieron como único medio la revolución, para llegar a un fin inmediato, también aquí, en América, puede producirse esa unión, ese contacto entre elementos que tengan afinidad.

Pero nunca, absolutamente, podemos permitir y prestigiar el contubernio con elementos que recomiendan el voto, el parlamentarismo como medio de lucha, y que han relegado el programa máximo al olvido, para perder tiempo con un programa mínimo que hoy no se diferencia en nada de los que ostenta cualquier partido político burgués.

Y si en tiempo normal era criticable el contacto, la unión de fuerzas heterogéneas, hoy, con más razón que nunca, debemos deshecharlas, por que sería retardar el gran advenimiento social en este continente, y equivaldría a traicionar a nuestros hermanos de Europa que luchan con tesón para concluir con todos los odiosos privilegios.

Hoy más que nunca, entonces, se impone concretar ideas y programas bien definidos, rutas claras y precisas que no den lugar a engaños, para saber a dónde vamos y con quiénes vamos.

Pudo, en un tiempo, si se quiere, admitir en la fusión de fuerzas para luchar en contra del capital y arrancarle simples y mentidas mejoras.

Podría admitirse, en lejanos años, cuando no se soñaba ni remotamente que pudiéramos ver materializadas las más grandes utopías, que se pensara en estos maridajes; pero hoy, cuando nadie ya duda que en el mundo entero se implantarán, en brevísimo plazo, las teorías más atrevidas, no es posible, repetimos, unirnos con quienes siempre y a cada momento, nos estaríamos tirando con los platos por la cabeza, valga el vulgar decir.

Sigamos cada cual por nuestro lado; breguemos, cada uno, tranquilamente, por nuestros ideales, sin remiendos y agregados imposibles y, si llegado el momento álgido las circunstancias nos señalan un *único* camino, entonces todos, por conveniencia propia, marcharemos unidos por él.

Mientras tanto... únicamente de brazo con los que piensan como nosotros.

La revolución social se extiende

«Como lista de poncho» se vá extendiendo la revolución social por Europa.

Actualmente, puede afirmarse sin exageración, que no hay país alguno en el continente europeo en donde no se hayan ya producido los primeros combates, sin contar a Rusia—se entiende—en donde está ya completamente consolidada la revolución, y Alemania, Austria—Hungría, que marchan hacia la consolidación del comunismo.

No tenemos—para llegar a esta convicción—más que hojear la misma prensa burguesa, la cual apesar de la serie de contradiciones y la ambigüedad de sus noticias, no puede menos que afirmar que «el caos maximalista» se extiende por todas partes.

Copiamos algunos gajitos de esa prensa mercenaria:

Nueva York, 3—El corresponsal del «New York Times» en Rotterdam comunica que el gobierno espartaco de Munich ha codiado el modelo maximalista, pues ha resuelto repartir víveres, en tal forma que los obreros obtengan raciones dobles que los burgueses. Se anuncia también que el Soviets de Munich ha nombrado un inspector de habitaciones, el que tomará posesión de todas las casas y quintas vacías para dar alojamiento al pueblo trabajador.

Se ha publicado una lista de las personas que se tomarán en rehenes por

los espartacos cuando lleguen la ocasión y se ha declarado, que diez de esos rehenes serán muertos por cada revolucionarios que perezcan en la lucha.

Londres, 7 — La «Agencia Reuter» dice que todas las informaciones oficiales recibidas tienden a confirmar que la situación es muy seria en Alemania. En Baviera, después del asesinato de Kurt Eisner, el comité central allí organizado, está bajo la denominación de un pequeño grupo de bolshevikis, apoyados por bandas armadas compuestas de soldados, marinos y paisanos. Esta banda de bolshekis, manifiesta abiertamente que no le interesa nada de lo referente a Alemania y que su único objeto es divulgar las doctrinas de las revolución rusa. Esta es la primera vez que un gobierno puramente bolsheviki ha sido constituído en Alemania.

—PARIS, 6.—El ministro del Interior ha recibido numerosas comunicaciones de las Comunas del País, entre ellas de las de Lyon, Marsella y Tolón, en que se pide que se instituya la policía municipal por la gendarmería, tal como existe organizada en los Departamentos del Sena, pues aquella es impotente para evitar los continuos ataques a la propiedad particular, que cada día son más frecuentes..

Cristiania, 7—Segun el corresponsal del «Atenpost» en Kirkehais, la agitación revolucionaria es intensa en Finlandia. Agrega que se está tratando un movimiento análogo al de Rusia, el cual se extendería a toda Finlandia y luego a la Escandinavia.

—Londres, 7— El «Dalli Mail» da cuenta de la revuelta ocurrida en el norte de Gales, diciendo que hubo nueve muertos, entre ellos un mayor.

En cambio el «Daily News» ha sido informado que los muertos son 26.—

—Amsterdam, 6—Circulan rumores de que el movimiento bolshevikis gana terreno al Este de Rumania y en Besarabia.

Y así, de estos chispazos, tomados al acaso en la prensa burguesa, se trasluce claramente que las ideas de rebelión y de justicia se van entendiendo por Europa, sin que sea posible detenerlas; por más esfuerzos sobrehumanos que hagan gobernantes y burgueses de todos los países.

No es aventurado afirmar que, de continuar así las cosas, la revolución social sea dueña de toda la Europa en este primer semestre del año en curso.

¿Y después. quien será capaz de detenerla, de evitar que de inmediato se extienda y consolide en todo el Planeta?

Esperamos la repuesta..

De la revoluciòn social rusa

Por creerlo de interés, hemos traducido del diario burgues «A Epoca», de Rio Janeiro, la segunda carta que el representante de la revolución rusa, ante los trabajadores del Brasil, ha dirigido a dicho diario, en defensa de la gran revolución social que hoy, a pasos agigantados se está extendiendo por el muudo.

He aquí la carta:—«Estimado director—Sinceramente agradecido por la benévola acogida que se le hizo a mi primera carta, juzgando aportuno hablar de la situación creada en Rusia, por la dictadura bolshevikis, cumplo con el deber de enviarle esta segunda misiva, dichoso, si élla fuera acogida con el mismo favor que lo fue aquella.

Es talvez conveniente recordar que el partido maximalista era ya, desde los primeros días de la revolución capitaneada por Kerenski, el más activo de los partidos revolucionarios rusos como también el más fuerte por el número y conciencia de sus adeptos y propagandistas.

Se equivocaría quien creyera que en dicho partido entraran tan solo los humildes, los pequeños, los explotados en fábricas y campos, el proletariado sin techo, sin pan y sin trabajo, rencoroso y oprimido por la miseria y soñando con la venganza exterminadora que aquello sugiere y que fomenta, no; el partido maximalista era engrosado todos los días por elementos que se separaban de las diversas clases sociales; nobles, plebeyos, burgueses y obreros, fraternizaba en la misma lucha, trabajaban por el mismo ideal, y aspiraban, animados por el mismo sentimiento, a la suprema redención de un pueblo; removiendo honda y completamente todas las causas de desigualdad que son manantial inagotable de inestinguibles odios entre los hombres.

Eran elementos intelectuales de gran valor; hombres de conciencia, hombres de corazón; estudiantes, profesores, algun sacerdote, médicos, periodistas, abogados, ingenieros, oficiales del ejército, marina, simples cadetes, etc.

Parecerá muy extraño lo que afirmo; sí, extraño y maravilloso; pero los que conocen a fondo el espíritu de Rusia, y sus nobles tradiciones revolucionarias, saben bien que no exagero. Pero los bolsehevikis no eran solamente los más notables combatientes en los difíciles y terribles días de la gran revolución: eran también los unicos que sabían lo que querían, el fin que perseguían; los únicos que tenían un ideal, un programa bastante claro y muy sencillo.

Según este programa, al frente de aquel ideal, síntesis de la más palpitante aspiración del pueblo ruso, de la gran mayoría del pueblo ruso—que es el que trabaja y que produce— debería iniciarse lo más pronto posible y con todos los medios a su alcance, una nueva vida para toda la Rusia, una vida que guiara a la paz, a la justicia, a la libertad, al bienestar de todos y de cada uno.

Si los que ejercían el poder, Kerensky y sus amigos, no supieron conseguirlo o si tampoco se esforzaron en éllo, no ha sido ciertamente por culpa vuestra. Nuestros diarios de aquella época y hasta algunos de los que nos eran particularmente hostiles, se esforzaban en indicar cual debía ser el camino a seguirse, el único camino que el pueblo cansado de miseria constitucional en todo parecida a la miseria autocrática, quería que le fuera abierto sin obstáculo alguno. Todos conocen nuestros clamores en el «Pravda» (La Verdad); los reiterados avisos en el «Novaia Jizna» (Vida Nueva) del escritor Máximo Gorki, como las amonestaciones lanzadas por Tchenov desde las columnas del «Dielo Naroda» (La causa del pueblo).

Si todo eso no vale nada, si no se tomaron en cuenta las más nobles y honestas palabras, y si posteriormente se han producido los hechos inevitables y previstos que explican hoy en día, el maximalismo, no es culpa nuestra; repetimos, sino de aquéllos que no quisieron o no pudieron precedernos en la realización del único problema urgente, insistentemente reclamado por el pueblo ruso: «el problema de la paz; el problema del pan para todos!»

Esto sirve como repuesta, señor director, a cuanto se ha dicho y publicado en todos los diarios y en todos los tonos (diarios naturalmente burgueses) sobre el advenimiento de los bolsheviskis al poder y el ejercicio de este poder, que aquellos diarios insisten en considerar ilegal, no basado en el consentimiento popular y que se impone a la voluntad con las ideas de violencia, coacción, opresión, terror y delito.

Sin apresurarme a responder a estos diarios, cuyas afirmaciones concuerdan, como ya he dicho, con el fin preconcebido de indignar al mundo entero contra la nueva Rusia, diré que el bolshevikismo, como aspiración política y económica, es el único partido que, entre los rusos, goza de merecida popularidad y que su fondo y su idea se habían impreso y arraigado en el espíritu del pueblo, mucho antes que en las instituciones.

La Rusia, es hoy una República Comunista, porque el comunismo ha sido siempre aspiración genuina de su pueblo. Preciso es ignorar totalmente lo que era este pueblo bajo el imperio, en su costumbres, en sus hábitos y en sus tradiciones para que pueda maravillar nos grandemente su actual comunismo, que, a fin de cuentas, no es otra cosa que la forma comunista anterior ensanchada y generalizada, libre de las mil usuras y vejames a los cuales era incesantemente sujeta por un gobierno autocrático que intentaba destruirlo.

Esto comunismo estaba en vigencia principalmente en el campo, en la tierra, entre los cindadanos de una aldea y entre todas las aldeas de un distrito. Pero se ejercía también en la ciudad, aunque en proporciones muchos menores, entre los miembros de un mismo oficio o de una misma industria. Este tipo de comunismo se llamaba «Mir»; el Mir ruso, maravillosa institución para el trabajo comunista de la tierra y la repartición común de productos, es el ejemplo del «Arthel», agrupación permanente de trabajadores para la ejecución en común de una obra y a común e igual repartición de que esta lo obra produce.

Se sabe, por lo demás, o sería conveniente que se supiera que, aun bajo el imperio, una gran parte de las tierras rusas, eran tierras completamente comunales, trabajadas y explotadas en común. Había tierras comunales en todas las provincias rusas y, más particularmente en la gran Rusia: en Moscou, en los Urales y en las orillas del Volga, En Moscou, el porcentaje de las tierras comunales administradas por el «Mir» era del 98 %; en los Urales del 91 %; en la gran la Rusia 88 %, en la Ukranania, 16 %.

Estos simples datos nos parecen más que suficientes para aquellos que no tienen ninguna idea sobres las cosas de la Rusia, y de su entrada, fatal e irresistible, en el régimen socialista-comunista, ya se llame «bolshevikismo», maximalismo, terrorismo, anarquismo, lo cierto es esto: el nombre y la forma no alteran la sustancia. Y esta sustancia es, que la gran mayoría del pueblo ruso está muy contento de practicar aquel régimen, sin bombo y sin orgullo, indiferente a los calumniadores de adentro, con los cuales hace oídos de mercader, pero indiferentes sobre todo, a los calumniaderes de afuera cuyos insultos a su obra, a su vida y a su libertad no lo conmueven en lo más minimo, llegando hasta dudar si realmente existen.

Mi misión en el Brasil, por vasta y compleja que ella sea, no es en ningun modo revolucionaria.

Debo insistir, como en efecto insisto en esta afirmación, por que la prensa burguesa del mundo burgues, y particularmente aquella en cuyos países ya se siente el soplo vivificante y saludable que anuncia la gran revolución social, prevista por el siglo y en este siglo realizada, esa Prensa, decía, no daja de escribir y proclamar amontonando calumnias sobre calumnias, que los representantes bolshevikis en el exterior personalmente y abiertamente intervienen en los asuntos internos de los países donde se encuentran, no solo propagando sus detestables ideas de subverción, sino también preparando y fomentando todos los movimientos revolucionarios que con más o menos violencia se producen en todas partes hoy en día, y que en todas partes amenazan y ponen en peligro el orden constituído.

Los representantes del bolshevikismo ruso conocen demasiado bien la tendencia y los caracteres de la revolución social, para abandonarse a la improba tarea de fomentar movimientos revolucionarios...

Las revoluciones, y principalmente las revoluciones de ideas, cual han sido las revoluciones rusas, requieren algo más que algunos millares de manifiestos lanzados a las multitudes y algo más que algunos millares de francos para producirse y llegar al triunfo.. Requieren un alma, una conciencia colectiva y una voluntad. Donde no existe esta alma, no existe voluntad; donde la conciencia es nula u oscilante, la revolución no se hace.

Las verdaderas revoluciones, por otra parte, no se improvisan jamás, no se preparan ni con discursos, por cálidos y persuasivos que puedan ser; ni con dinero, por fácil de obtenerlo y abundante que sea.

El dinero en poco tiempo, se disipa; las buenas y nobles palabras facilmente se olvidan y las multitudes quedan, como antes, sumergidas en la misma miseria moral y en la misma miseria mental.

No; las grandes revoluciones, las salvadoras revoluciones, y redentoras; aquéllas que aspiran la luz, la libertad, la fraternidad; que aspiran suprimir el dolor, el hambre, pueden llevarlas a cabo solamente las conciencias elaboradas por la idea de la justicia y por el hábito de élla, aquéllos que sintiendo viva mente la propia y agena humillación irresistiblemente procuran, luchando con desnuedo, conseguir su propia y la agena liberación.

La revolución vendrá necesariamente, inevitablemente; se producirá aquí y allá, en cualquier lugar haya hombres que luchan, donde haya explotadores y explotados, nobles y plebeyos, burgueses y proletarios. Pero vendrá históricamente, naturalmente. empujada por su propia fuerza, por la fuerza de la justicia y llevando en esta misma fuerza su irresistibilidad y su triunfo.

Mi misión en el Brasil, no es la de hacer revolución, sino la de hacer saber lo que ha sido la revolución rusa. nuestra gran revolución, su obra y su belleza. Decir toda la verdad, a quién pueda y quiera entenderla; toda la verdad contra las mentiras oficiales y oficiosos de los gobiernos y de los capitalistas; toda la verdad a aquéllos que la niegan, la combaten y la calumnien. La revolución en el Brasil no la haré yo, sino los trabajadores brasileros, los soldados y los marineros.

Cuando?

Ellos lo dirán.»

KESSLER.

Delegado de la República de los Soviets Rusos ante los trabajadores de la república burguesa de los Estados Unidos del Brasil.

Nuestros presos y la amnistía

Da hoy motivo á nuevos comentarios la prisión que sufren algunos compañeros. Las entidades obreras y los anarquistas a la vez, aparecen dispuestas a continuar la campaña iniciada, y el gobierno por su parte, y con el fin de conquistarse simpatías y reparar las arbitrariedades cometidas, nos anuncia una ley de amnistía para todos los presos por cuestiones sociales. Antes qne nada hagamos resaltar la finalidad perseguida con esa ley de amnistía que se anuncia. Se intenta con élla ganarse confianza entre los trabajadores; y ha de ser esta ley, sin duda, el primer golpe de artimañas políticas en que parece dispuesta a encaminarse la acción política del gobierno.

La sanción de tal ley, no representa otra cosa que el reconocimiento de la injusticia que se han cometido con esos trabajadores. Entonces, se comprende mejor el móvil del gobierno, pues, porqué no castiga, si ha. cer justicia quiere, á los autores de los atropellos de que han sido víctimas los trabajadores? ¿Cómo se comprende ese afán justiciero del nuevo presidente, cuando en vez de establecer la responsabilidad debida a los culpables de los recientes vergonzosos atentados, deja en cambio en su puesto de jefe político al culpable mayor de todos esos vejámenes, que él, como todo el mundo lo sabe. el coimero de timbas y prostíbulos don Virgilio Sampognaro?

Resulta, en las acciones iniciales del nuevo presidente, no por cierto un deseo de justicia que no puede tener sino el deseo de embaucar a la clase productora. Y he ahí que estamos ante un satélite de la teoría wilsoniana, o sea el modernismo criminal de la política.

Pero volvamoos a nuestros presos Bien podrían estar ya libres, de haber habido en nosotros el debido acierto para exigir que nos fueran devueltos a la libertad en el momento oportuno. Lamentar la imprevición y la falta de tacto a nada nos podrá conducir ahora, y en el caso que, sin confiar en ley de arnistía alguna ni acostumbrarnos a esperar buenas soluciones por tales caminos, hemos de continuar, con más ahínco que nunca la justa obra de exigir la libertad de aquellos compañeros a quienes tan injustamente se les priva de ella. Hoy, una nueva razón refuerza nuestra propaganda para desemascarar al político que nos gobierna. demostrando que, por más reclame que gasten sus favorecidos, no deja de ser idéntico a todos los políticos y a todos los tiranos.

Ese hecho de que continúan encarcelados, sin la menor causa, a varios obreros, es la más elocuente demostración de la alianza incondicional de Brum con la burguesía.

Sígase, pues, la agitación iniciada. Sígase informando a la opinión pública del proceder que se emplea para con los trabajadores. Sígase demostrando la complicidad criminal de toda la prensa con el capitalismo absorvente y con una policía de bandoleros. Y así, si se continúa reteniendo en la cárcel a esos compañeros, el pueblo debe estar dispuesto a responder como es debido y cuando sea preciso, para poner fin a estas indignas injusticias que perpetúan los mal llamados jueces, simple lacayos del capitalismo.

"LA BATALLA"

Balance de los N.os 94 y 95

Entradas

Recibos cobrados	$ 17.70
Donaciones: J. Castro, Salto, $ 1.60; Silva 0.40; N. N. 0.50; Picapedreros del P. Molino 2; García 1; S. González 1; Madama de las Camelias 0.80; González 0.50; Palmada 0.50; Calderon 0.50; Gil 0.40; V. Rebollini 1.09; F. Nicolini 1.09, F. Randi 1.82; J. Rebollini 1.09; P. Nicolini 2.19; Jaurés 0.30; Ag. del Reducto 1; Regueira 1; Camilo Francois 3.50; C. Cachivache 5; Polero 1; Latierre 2; F. Marquez 1.	$ 31.28
Venta: D. Rosa $ 2; Silva 0.75; kioscos y salones (S.) 1.45; Regueiro 0.40; Valgoy 0.10; Kiosco del Paso 1; C. de E. S. del P. Molino 8.20; Kioscos (Ad.) 0.45; Domingo 0.20; I. M. del Cerro 4.20; Ferreira y M. F. 2.60; Minotti 0.85. Total venta	$ 22.20
Total de entradas	« 71.18

Salidas

Impresión N.os 94 y 95	« 80.00
Franqueos y gastos varios	« 4.89
Déficit anterior	$ 35.37
Total salidas	« 120.26

Resúmen

Entradas	$ 71.18
Salidas	« 120.26
Déficit	« 49.08

Para conformidad de los interesados publicamos la siguiente lista de donantes que nos remite la A. A. «La Batalla» de Buenos Aires y cuyo importe ya figuró en el balance publicado en el n.o 91 de este periódico

Amado Pacífico 0.60, F. Attanasio 0.45 Juan Charlone 2.00, Alfonso Lasardo 0.90, Andrés Goldán 0.30, Vicente Picarelli 1.20, Angel Aita 1.20, F. Olivero 1, Antonio Minegone 1, Víctor Rodríguez 90, Bonifacio Rodríguez 0.90, José Gudin 1.60, A. El Folleto 60, A. A. La Batalla 2.95. Total ps. 15.60 moneda argentina que importa ps. 5.90 oro.

Administrativas

A. El Folleto — Buenos Aires— Su lista se nos ha extraviado, ante de ponerla en circulación